

Hoces del Duratón

(Segovia)

Durante siglos, el río Duratón ha excavado tajos de singular belleza y los ha ido escondiendo bajo el recio páramo segoviano. Su obra geológica, además de ser resultona a la vista, proporciona las condiciones de habitabilidad y de resguardo para que multitud de especies de fauna y flora se disputen cada palmo de su orografía.

Texto y fotos: *Roberto Anguita*

Durante los fines de semana, cada rincón de la románica villa de Sepúlveda se impregna de olor a cordero asado. La mayoría de los figones de esta localidad no muestran en sus cartas ninguna otra vianda, por lo que el posterior paseo por callejas, pasadizos e iglesias, se hace necesario a la par que fatigoso. A muy poca distancia de videocámaras y digestiones pesadas, el Duratón conti-

núa su labor de siglos y sigue horadando la piedra caliza de la anárquica manera que Dios le da a entender. Retorcido en encajonados meandros, el lento fluir del agua ha demostrado que lo de hacer paisaje es cuestión de tiempo y que convertir la extensa paramera segoviana en el Cañón del Colorado chico es posible: siempre y cuando la composición de la roca que encuentra en su camino le sea propicia.

De sabinas que observan desde lo alto de las cornisas no está el mundo lleno,

por eso el páramo que corona estos tajos no deja de tener su importancia, ni de ser un ecosistema rico, aromático y autóctono. En medio de estos dos ecosistemas tan dispares se hacen fuertes una gran cantidad de seres vivos: pero los más accesibles a la vista son los componentes del equipo de aves rupícolas que, al menos en número, controlan la situación. Aterrizando en las oquedades de las paredes o planeando en busca de corrientes de aire que le faciliten el ascenso, el vuelo del buitre leonado es una presencia constante en este

lugar; aunque más escaso, tampoco es extraño topar la mirada con el alimoche, otra rapaz carroñera ligada a las paredes rocosas en las que anida; la roca es la casa de todos y también hay lugar para especies de menos porte como aviones roqueros y collalbas, o para noctámbulos empedernidos como el búho real.

LOS ÁRBOLES QUE NO DEJAN VER EL RÍO

A pie de cauce, los ribereños chopos son los árboles más frecuentes. Estos, forman densas choperas que llegan a esconder el cauce en los tramos donde la influencia de la presa que hay aguas abajo, no ha llegado a sumergir la cerrada galería. Llegado el otoño, estos árboles se dedican a escandalizar la retina del paseante con una paleta de colores que abarca desde el verde chillón hasta un amarillo no menos discreto. Aquí, al abrigo de los cortantes vientos que azotan el páramo en invierno y con agua abundante, la vida silvestre se concentra y no resulta difícil observar el fugaz paso de una musaraña o el torpe caminar del sapo común cuando anochece o en los días de lluvia. Agarrados a la corteza de los árboles picos picapinos y trepadores nos observan con descaro mientras que la más discreta nutria nos permitirá, todo lo más, contemplar sus huellas en las orillas arenosas. ■



■ Ermita de San Frutos.



RECORRIDO

Visita a la ermita de San Frutos

Dice una irónica leyenda popular que cualquier mal cesará si quien lo padece rodea a pie la ermita de San Frutos. No podemos dejar de creer en esa receta, pues la continuación de uno de los muros de este templo es un sobrecogedor abismo. Sin embargo desde aquí recomendamos la medicina tradicional, más lenta en sus resultados, pero de efectos secundarios menos devastadores. Este singular “sanatorio”, además del remedio definitivo para la tos, nos ofrece una panorámica excepcional del cañón del Duratón. A unos cientos de metros de este punto sus aguas se topan con un parapeto de hormigón. Pero aquí, el río todavía conserva sus formas primigéneas y lo único que hace presagiar la presa es el estrepitoso aumento del caudal. A San Frutos se puede llegar desde Sepúlveda, tomando la carretera que sale a la entrada de la villa con dirección a Uruñías; tras unos kilómetros nos desviamos a la

izquierda en dirección a Castrillo de Sepúlveda y desde aquí, otra vez a la izquierda hasta llegar a Villaseca. Desde el reducido casco urbano de esta localidad parte una pista de buena anchura y trazado, que atravesando primero campos de labor y después el páramo, nos conduce tras unos kilómetros a un aparcamiento. Desde aquí la cosa está casi hecha: Ya sólo resta un agradable paseo para llegar a la ermita en la que San Frutos obró sus milagros en detrimento de las fuerzas moriscas que lo asediaban. Este lugar es un punto de observación privilegiado para contemplar el vuelo de los numerosos buitres que planean bajo nuestros pies.

DIFICULTAD

El paseo es corto y sencillo, pero a la vez intenso en sensaciones. Apto para todos los públicos.

LOCALIZACIÓN

En el noreste de Segovia

DÓNDE COMER

Cristóbal. C/ Conde de Sepúlveda, 9.
Tel: 921 540 186. Sepúlveda.
El Figón de Ismael. C/ Lope de Tablada, 2.
Tel: 921 540 055. Sepúlveda.

ALOJAMIENTO

Posada del Duratón. Turismo rural en Sebulcor. Tel: 921 521 424.
E-mail: info@posadadelduraton.com.

ACTIVIDADES EN LA NATURALEZA

Hoces del Duratón SL. Rutas en piragua y viajes en globo por las Hoces del Duratón.
Tel: 921 522 150. Sebulcor.

MÁS INFORMACIÓN

Centro de Arte de Interpretación de las Hoces del Río Duratón. Iglesia de Santiago en Sepúlveda. Tel: 921 540 586.